

18 / Por quienes no tienen voz

ISABEL
SEGOVIA
OSPINA



UNA MUESTRA DE LO INCIVILIZADOS que somos es la forma como abusamos e ignoramos nuestra diversidad cultural. Al igual que los niños, las comunidades indígenas en Colombia no tienen voz y por eso, a la hora de diseñar políticas y tomar decisiones, simplemente las olvidamos. Deja mucho que desear nuestra incapacidad histórica de proteger su diversidad étnica y cultural. El atroz episodio de violación que sufrió una niña embera por parte de soldados del Ejército, tristemente no puede ilustrarlo mejor: menor de edad, mujer, e indígena abusada por representantes del Estado y de un país indolente, donde el Fiscal se atreve a insinuar que la niña fue cómplice de su abuso. Este escándalo, que adicionalmente destapa muchos otros similares, se deja de lado con la siguiente noticia.

Afortunadamente hay voces que hablan fuerte y evitan el olvido, como la extraordinaria exposición Resguardo indígena de Ca-

ño Mochuelo: Universo en peligro que busca dar a conocer la diversidad cultural y biológica de la Orinoquía y darles protagonismo y reconocimiento a las comunidades indígenas que lo habitan, para que como sociedad garanticemos su supervivencia.

Caño Mochuelo es un resguardo ubicado en la Orinoquía, donde confluyen los ríos Meta y Casanare. En él conviven diez pueblos indígenas, la mayoría nómadas acostumbrados a recorrer más de tres millones de hectáreas, lo que garantizaba su supervivencia y la recuperación biológica del territorio que habitaban. Hoy, el resguardo cuenta con un poco menos de 95 mil hectáreas, parcelado por cada comunidad, lo que significa que se encuentran confinados en pequeñas extensiones de tierra (cada familia cuenta con cerca del 15 % de una Unidad Agrícola Familiar para la región), forzados a volverse sedentarios y, por consiguiente, obligados a transformar sus tradiciones y prácticas alimentarias. El encierro, agravado por la condición de inundación 8 meses del año, ha generado conflictos y deja a varios de los pueblos al borde de su extinción. A pesar de haber sido declaradas comunidades en emergencia por la Corte Constitucional, llevan 12 años esperando respuesta

del Gobierno a una solicitud para ampliar el resguardo, indispensable para su salvación.

El proyecto que hace parte del Programa Riqueza Natural, financiado por USAID, cuenta con el apoyo del gran artista plástico colombiano Pedro Ruíz, quien generosamente donó su tiempo y prestó su extraordinaria exposición Oro, espíritu y naturaleza de un territorio, para que todos podamos disfrutarla y conocer a Caño Mochuelo.

Este trabajo busca dignificar y darle voz a quienes el país lleva siglos ignorando, visibilizando una situación que es moral y humanamente inaceptable. La exposición conscientiza al visitante sobre lo apremiante que se hace contribuir a su supervivencia. Para complementarla, se lanzará en los próximos días una página web sobre el resguardo (www.resguardomochuelo.com) con la información histórica y política de cada uno de sus pueblos, que contará con un recorrido virtual de la exposición. Hagan el recorrido, vale la pena. En medio de tanta atrocidad, es esperanzador saber que existen programas como Riqueza Natural y personas como Pedro Ruíz, que contribuyen a proteger el patrimonio de la humanidad. Sigamos su ejemplo y aportemos.

DE LABIOS PARA AFUERA



“Creo que ya nos hemos estabilizado en este punto”.

Ron DeSantis, gobernador de Florida, en Estados Unidos. Ese estado es uno de los focos de contagios por el coronavirus en ese país, que vienen en aumento y han llegado hasta los 9 mil casos diarios. Pese a esto, DeSantis no ha impuesto cuarentenas y, además, no está publicando información de hospitalizaciones. Los expertos esperan que la situación siga empeorando.

Betto



Manzanas podridas

¿Mina o quebrada y tradición?

JUAN PABLO
RUIZ SOTO



EN JERICÓ (ANTIOQUIA) ESTÁ abierto el debate: de una parte están los intereses de la gran empresa minera AngloGold Ashanti, propietaria de Minera de Cobre Quebradona, empresa que espera iniciar, si le aprueban la licencia ambiental, un gigantesco proyecto para la explotación de cobre y oro; de otra parte, los habitantes del municipio y sus alrededores que prefieren seguir como están y para quienes la presencia de la multinacional es como la aparición del demonio. Según ellos, el diablo está ofreciendo gabelas que atraen a más de uno, entre ellos a algunos políticos.

Si el proyecto de la mina se ejecuta, es innegable que destruirá el paisaje y tendrá un impacto económico, social y ecológico que afectará negativamente a muchos municipios. A tal punto que varias organizaciones nacionales y locales adelantaron en medio de la pandemia un seminario llamado “Entre la mina y la vida, el suroeste escoge la vida”. La disyuntiva es tan extrema como el titular. Una descripción detallada de los im-

pactos la presenta Jorge Eduardo Cock (ex-ministro de Minas y Energía) en su artículo titulado “Graves impactos a perpetuidad: pasivos ambientales que dejaría la mina Quebradona”.

La mina está sobre una hermosa ladera de la cordillera Occidental del río Cauca, cubierta de bosques, cascadas y quebradas con tierras fértiles, pastos, cultivos y gran biodiversidad, que soportan una creciente actividad de turismo de naturaleza en toda la región.

El proyecto planea la extracción de 17.000 toneladas de material del subsuelo por día y durante muchos años. Material que será lavado y, una vez extraídos los minerales con valor económico: cobre, oro, molibdeno, el sobrante se depositará a orillas del río Cauca o se reintroducirá para volver a rellenar la caverna artificial creada por la extracción del material. Cualquiera de las dos opciones genera graves impactos ambientales. El socavón afectará acuíferos, flujos subterráneos y nivel freático con impactos en una amplia zona que incluye otros municipios de la región. La reducción de la disponibilidad de agua superficial y subterránea afectará cuencas, flora, fauna y producción agropecuaria. Así, aunque la mina incorpore en sus costos todas las medidas necesarias para que genere el mínimo impacto, evite externalidades negativas y busque compensar el daño

ambiental, hay daños permanentes e irreversibles.

La minería para los países ha tenido efectos muy diversos. Para Noruega, Suecia y Finlandia, donde la administración pública es transparente, la participación ciudadana es bien organizada e informada y los excedentes de la minería se distribuyen entre toda la sociedad, los resultados en algunos casos han sido muy positivos, mientras que otros proyectos se han negado o suspendido. En otros países, como Ecuador, Indonesia y Venezuela, la minería ha sido fuente de corrupción, atraso y conflicto social. Los efectos positivos de esta, cuando los proyectos son viables, dependen de la manera responsable como se adelanta la actividad y cómo se invierten los excedentes económicos que la actividad genera. La mina Quebradona no tiene indicios de viabilidad, algunos de los impactos ambientales que genera son irreparables y no hay compensación que valga.

De otra parte, Colombia ha demostrado no estar en condiciones institucionales ni sociales para manejar adecuadamente la gran minería. Es necesario desarrollar capacidades antes de avanzar con una iniciativa similar. De lo contrario, son actividades que generarán efectos negativos para el país, con impactos irreversibles de grandes proporciones y mínimas compensaciones.

EL ESPECTADOR

El Espectador. Editado por Comunican S.A. Calle 103 N° 69B-43 Bogotá, Colombia. Comutador: 4232300 Fax: 4055602. Línea de servicio al cliente Bogotá 4055540. Línea de servicio gratuita nacional 018000510903 Redacción: 4234822. Suscripciones: 4055540 o a la línea gratuita nacional 018000510903 Publicidad: Caracol Unidad de Medios: 4232300 ext. 1290 - 1565 www.elespectador.com

Cartas de los lectores

Cuestionamientos

Ha sido moneda corriente satanizar a quienes invocan la palabra rebelión, subversión e insurgencia. Se asimila inmediata el acto del desacuerdo, al terrorismo, al caos o al desorden. Sin embargo, a la sazón de Voltaire, “es peligroso tener razón cuando el gobierno está equivocado”. Se evoca en el editorial la “institucionalidad democrática”, la “legitimidad del gobierno”. Me pregunto: ¿Es posible que, teniendo vínculos con el narcotráfico, hablando de la ñeñepolítica, con el incremento de los asesinatos de líderes sociales, con las reformas económicas y políticas que menoscaban la soberanía del pueblo, hablemos de credibilidad de las instituciones? ¿Es posible hablar de credibilidad cuando la vicepresidenta expresa que lo de su hermano es un “drama familiar”, el fiscal es antes padre que fiscal y Andrés Felipe Arias no es más que una víctima? ¿Se puede hablar de legitimidad cuando las promesas de Fernando Londoño, de hacer trizas la paz, han sido un paso más en la muerte de excombatientes? ¿Se puede hablar de institucionalidad democrática cuando los militares espían e investigan a todo aquel que opine diferente? Esto más que un llamado a la rebelión podría ser un llamado a la cordura. Que a Iván Duque lo hayan elegido cerca de diez millones de colombianos no le brinda la legitimidad en un país donde más de 30 millones de personas tienen la posibilidad de votar, ¿o botar? La gran mayoría de aquellos no electores, de aquellos que se anidan en corrientes diferentes de lo establecido y votan a sectores alternativos, están cansados de lo que en el editorial ocultan. No solo la violencia rampante y la negligencia de un Gobierno que parece la repetición de los ocho años de gobierno de Uribe, sino que al mismo tiempo parece evocar los recuerdos del Proceso 8.000 y las omisiones de Betancur y Barco, como su silencio, ante las masacres de los paramilitares, el asesinato de los líderes de la Unión Patriótica o el ADM19, así como el silencio ante sus prácticas de corrupción y clientelismo. Es decir, y aquí evoco a Marx: “La historia se repite dos veces, la primera como una tragedia, la segunda como una farsa”. Siendo una reiteración de diferentes formas, pero con el mismo transcurso de ilegalidad, ¿a cual institucionalidad se refieren? ¿Una institucionalidad que invoca el derecho a silenciar, espionar, cuestionar, deslegitimar y hacer de lo diferente un blanco inmerso entre la posibilidad de perder la vida o terminar como refugiado? No se trata de populismo, palabra cliché con la cual buscan redimir sus omisiones o silencios. Se trata de verdad, justicia y, ante todo, dignidad.

Jesús Antonio Reyes Benavides.

Envíe sus cartas a lector@elespectador.com